

Not quiet animal: Lo casi humano en la obra de Patricia Piccinini

Dios sabe que no era de este mundo -o al menos había dejado de serlo-, y, sin embargo, con enorme horror de mi parte, pude ver en sus rasgos carcomidos, con huesos que se entreveían, una repulsiva y lejana reminiscencia de formas humanas; y en sus enmohecidas y destrozadas ropas, una indecible cualidad que me estremecía más aún.

Howard Phillips Lovecraft - El extraño

La literatura de ciencia ficción, no por algo llamada en sus orígenes *literatura de anticipación*, parecía vislumbrar ya desde las primeras décadas del siglo XIX, la poderosa influencia que la ciencia y la tecnología podrían tener sobre lo humano y sobre la vida en general. Pero más allá de afirmar que visiones en extremo asombrosas como la criatura nacida en el laboratorio del doctor Víctor Frankenstein, o el caso de HAL 9000 en *2001 A Space Odyseey*, sean hoy en día una realidad, sí podríamos alegar que éstas permiten reconocer el poder de seducción que dichas ideas han ejercido sobre nuestros deseos de controlar cada uno de los procesos biológicos que influyen en nuestras vidas, y más importante aún, cómo estos deseos son manipulados, a su vez, por la lógica del Biopoder. *Not quiet animal*, trabajo de la artista australiana Patricia Piccinini, parece referirse, precisamente, a aquellas nuevas formas de humanidad que la tecnología del poder ha generado durante los últimos años, por lo que su análisis, al menos para este pequeño texto, resultará de gran ayuda.

El cráneo realizado por Piccinini en 2008, aunque horrible y transgénico, bien podría reflejar la luz de una lámpara minimalista instalada en el lujoso departamento de algún coleccionista *cool*. Pero el cráneo no sólo refleja la cálida luz que reconforta; más allá de aquella hiperestetización que parece exigir un mercado del arte altamente globalizado, éste refleja el resultado de vivir en un mundo en el que la ciencia y lo maquinal tienen la posibilidad de transformar toda condición humana. Aquel cráneo hecho en bronce, mitad hombre, mitad bestia, cuyo origen parece remontarse a un periodo olvidado por las teorías

evolutivas o a un fallido experimento genético, antes que grotesco y extraño, se nos antoja seductor en tanto intuye la presencia de lo Real lacaniano, es decir, aquello “que excede el orden simbólico representacional, el vacío fuera del lenguaje”¹. Pero aparte de la fascinación por el misterio, ¿por qué nos seduce lo horrible, lo transhumano? Quizás porque desde que la enfermedad se instaló en nuestra conciencia ya no como epidemia sino como algo permanente que nos acecha y debilita constantemente, la medicina y el estado en conjunto han promovido la intervención del cuerpo como un asunto de necesidad, status y salud pública, como si tan sólo la alteración de lo humano pudiese aplacar la amenaza de la muerte y permitirnos continuar a lo largo de un infatigable proceso productivo-industrial. Esta es la razón por la cual, en las actuales condiciones de prótesis, implantes y manipulaciones genéticas, lo verdaderamente extraño es lo humano no intervenido, lo humano *natural*, no el cráneo mutante que parece reír con desparpajado cinismo.

Pero la aparición de lo Real, es decir, la posibilidad de contemplar un cráneo que nos parecía inverosímil, no llega sola; también trae consigo la experimentación de una fuerte dosis de angustia, una suerte de nostalgia por un pasado en el que lo extraño se conservaba lejos de la vida cotidiana. Sin embargo esta nostalgia por un cuerpo intacto en su humanidad es, en momentos donde el control biopolítico ha alcanzado niveles desproporcionados al regular “la vida social desde su interior, siguiéndola, interpretándola, absorbiéndola y rearticulándola”², una empresa tan ingenua como el mejor esfuerzo por solucionar la grave crisis ambiental; pues una vez el espectáculo grabó en nuestra mente la promesa de la vida eterna y el confort urbano, simplemente nos fue imposible decir que no a un mundo rebotante en objetos, cada cual más bello que el otro, cada cual más erótico, especializado y necesario que su propio usuario.

Aunque en *Not quiet animal* encontramos cierta reminiscencia de formas humanas, éstas pasan a un segundo plano, se presentan desafectadas, relegadas, casi menospreciadas; en su lugar el objeto (artístico) protagoniza la escena, pues es a través de él, del éxtasis que puede producir en nosotros, que lo extraño se incorpora sin ninguna resistencia a nuestra vida permitiendo conocer de esta forma el indecible rostro del Biopoder.

¹ ZÚÑIGA, Rodrigo. *La demarcación de los cuerpos*. Santiago de Chile: Metales pesados, 2008, p. 17.

² HARDT, Michael – NEGRI, Antonio, *La producción biopolítica*. En *Imperio*. Traducción de Alcira Bixio. Barcelona: Paidós, 2002, pp. 37-53.